



LA VIDA Y LA MUERTE



¿Qué es la muerte para el hombre?
¿Es únicamente el fin de algo, ó es
el fin de todo?

Dos preguntas que el pensador se
dirige continuamente; pues de su so-
lución dependen las otras cuestiones
morales.

Si la muerte es el fin de todo, habrá que sacar la
siguiente conclusión: Hay luz en el mundo material
y no la hay en el mundo moral. El sol, al levantarse
cada mañana, nos dice: Soy un símbolo; soy la figura
de otro sol que, así como alumbro hoy vuestros ros-
tros, alumbrará un día vuestras almas.—¡Y el sol
miente! Es preciso aceptar como verdadera esa cosa
horrible ante la cual retrocedió la antigüedad: *solem
falsum.*

El hombre es una criatura profundamente distin-
ta del bruto, en que el bruto es siempre fatalmente

inocente, mientras que el hombre puede hacer el bien y el mal. El bruto es pasivo, el hombre es libre.

¿Qué cosa le hace libre? El alma.

Luego el alma existe.

Todas estas palabras: amor, lealtad, pudor, desinterés, fe, deber, conciencia, probidad, honor, virtud, no son ya palabras, son hechos propios del alma; son facultades que resultan de su libertad. A las facultades radiosas responden las facultades tenebrosas: odio, vicio, cobardía, egoísmo, maldad, mentira, crueldad, crimen. Entre el bien y el mal el hombre puede escoger; es libre.

Y quien dice libre, dice responsable.

¿Responsable en esta vida? No, sin duda; pues nada hay tan probado como la prosperidad posible y frecuente de los malvados y el infortunio inmerecido de los buenos durante su paso por la tierra. ¡Cuántos hombres justos sólo han tenido miseria, dolores, angustia hasta su último día! ¡Cuántos hombres criminales han vivido hasta la más avanzada ancianidad en el goce apacible y sereno de todos los bienes de este mundo, incluso la consideración y el respeto de todos!

El hombre, entonces, ¿es responsable después de la vida? Sin duda, puesto que no lo es durante la vida.

Luego, sobrevive algo de él para sufrir esa responsabilidad: el alma.

La libertad del alma implica su inmortalidad. Por consiguiente, la muerte no es el fin de todo. Es el fin de una cosa y el principio de otra. En la muerte, el hombre concluye y el alma comienza.

Apelo á cualquiera que haya mirado el rostro

muerto de un ser querido con esa ansiedad extraña que constituye á la esperanza mezclada de desesperación; apelo á todos vosotros que habéis pasado aquella hora fúnebre, la última de la alegría, la primera del luto. ¿No es cierto que se siente que hay allí alguno todavía? ¿Que todo no ha concluído? ¿Que hay aún algo posible?

Se siente al rededor de aquella cabeza el estremecimiento de las alas que acaban de desplegarse. Una palpitación confusa é inaudita flota en el aire al rededor de aquel corazón que no late ya. Aquella boca entreabierta parece llamar á lo que acaba de marcharse, y se diría que deja caer palabras obscuras en el mundo invisible.

Ese estupor no es el contacto de la nada, es la sacudida que produce el choque de esta vida contra la otra.

Soy un alma y siento perfectamente en mí mismo que lo que devolveré á la tumba no será yo. Lo que es yo irá á otra parte.

Tierra, ¡no eres mi abismo!

Cuanto más pienso en ello, más me aparece esta verdad: el hombre es únicamente un cautivo.

El preso escala penosamente los muros de su calabozo, sube de agujero en agujero, pone el pie en todos los puntos en donde falta una piedra y llega así hasta el medio punto que sirve de respiradero. Desde allí mira, distingue á lo lejos el campo, el bosque, los trigos, las colinas, las casas, las ciudades, los seres que viven, los caminos por los cuales anduvo ya, y

volverá sin duda á andar; aspira el aire libre, ve la luz. Lo mismo hace el hombre.

La astronomía, la química, la geología, la medida del tiempo, la medida de los soles, todos esos descubrimientos, todas esas vistas hacia afuera, todas esas sorpresas hechas á la eternidad, esa comprobación de lo infinito que existe, que está ahí, fuera, deslumbrando á la inteligencia con su prodigiosa irradiación, todas esas cosas de las cuales parece que no conocemos el sentido, arte, ciencia, poesía, ensueño, cálculo, álgebra, es la mirada por entre las rejas de la cárcel.

El preso no duda que hallará, el día en que se abran las puertas de la cárcel, los campos, los bosques, los llanos, la tierra donde está su verdadera vida, la libertad. Todo eso lo ve, sabe que está allí.

¿Cómo puede dudar el hombre que hallará la eternidad cuando salga?

Ciertos pensadores rechazan estas preguntas: ¿Tendremos un cuerpo en la otra vida? ¿Se comerá? ¿Se dormirá?—Esas preguntas no tienen nada que me repugne. ¿Por qué no se tendría un cuerpo, cuerpo sutil y etéreo, del cual nuestro cuerpo humano sólo sería un grosero bosquejo?—¿Se comerá? ¿Por qué no se viviría, por ejemplo, la vida de las flores, que no tienen horas para comer, pero que adquieren y pierden sin cesar, doble trabajo que constituye la vida?—¿Se dormirá? Nuestra existencia, compuesta de horas de conocimiento cortadas por horas de sueño, es sólo una sombra informe de esa existencia superior en la que el ensueño sería descanso del pensamiento; en que el éxtasis descansaría de la contemplación.

¿Quién impide que imaginemos esa vida celestial?

El alma tiene ansia y sed de absoluto, pero es esa una sed del alma que no debe ser una sed del hombre. El hombre en el tiempo y en el espacio, es decir, viviendo esta vida momentánea que sólo es el fantasma, la sombra de la vida, el hombre pertenece á lo relativo. Quien dice límite, dice relación y proporción. Contentémonos, pues, de lo relativo, ya que somos limitados. No busquemos lo absoluto aquí abajo. Lo encontraremos en otro punto. Lo absoluto no es de este mundo. Tiene demasiado peso para esta tierra; la haría salir de su órbita si alguna vez llegase á pesar en ella.

Hay dos leyes, la ley de los cuerpos que pueblan el espacio y la ley de este mismo espacio. La ley de los astros es la muerte; el límite impone la destrucción. La ley del espacio es la eternidad; lo infinito permite la expansión.

Entre los dos mundos, entre las dos leyes, existe un puente, la transformación.

Salvarse ó escapar de la gravitación, es escapar del límite; escapar del límite, es escapar de la muerte.

La ambición de la vida de los astros debe, pues, ser convertirse en vivientes del espacio.

El hombre es una frontera. Ser doble, señala el límite de los dos mundos. En su lado de acá está la creación material; en el de allá, el misterio.

Nacer es entrar en el mundo visible; morir es entrar en el invisible.

¡Oh! De esos dos mundos, ¿cuál es la sombra?
¿Cuál es la luz?

Es extraño decirlo; el mundo luminoso es el mundo invisible; el mundo luminoso es el que no vemos. Nuestros ojos de carne sólo ven la noche.

Sí, la materia es la noche.

Fijemos á lo menos los ojos del alma sobre ese inmenso misterio que nos aguarda. El hombre está en la orilla de un abismo. Tembláis por el sonámbulo que se pasea sin saberlo por la divisoria entre las dos vertientes del tejado; ¡y no tembláis por el hombre que, pensando en otra cosa, camina al lado de la muerte!

¡Ay del que vive con los ojos abiertos sobre el mundo material y vuelve las espaldas al mundo desconocido!

La muerte es un cambio de trajes.

¡Alma!, estabais vestida de sombra, ¡vais á vestiros de luz!

¡Católicos, quisierais llevaros vuestro cuerpo á la otra vida! Es como si quisierais ir á una fiesta con un traje viejo y manchado.

Una montaña de los Andes resume en zonas distintas, en su pendiente de algunas leguas, todos los climas de la tierra, desde el trópico hasta el polo; asimismo una nación como Francia resume en su historia, como sobre inmensa vertiente, escalón por escalón, capa por capa, colorido por colorido, todas las edades de la vida de la humanidad, desde Teuta-

tes, que es el salvajismo, hasta Voltaire, que es la civilización.

¿Qué hay por encima del polo? ¿Qué hay por encima de la cúspide? El cielo.

¿Qué hay por encima de la civilización? La armonía.

Lo azul. La muerte.

En la tumba es donde realiza el hombre el último progreso.

A medida que adelanta el hombre en la vida, llega á una especie de posesión de las ideas y de los objetos, que no es otra cosa más que un profundo hábito de vivir. Se convierte para sí mismo en su propia tradición; se une estrechamente por la memoria á lo que ha visto, á lo que ha hecho, á lo que ha sentido, á lo que ha sufrido, á los tiempos en que era niño, en que era joven, en que era hombre, á sus juegos, á sus amores, á sus trabajos; recuerda con encanto todo cuanto compone su unidad, sus ilusiones, sus tristezas, sus pasiones, sus alegrías y sus tristezas sobre todo. Cada día que ha pasado es un eslabón, y para él, hombre, vivir es ser toda la cadena. Siente que hay en él algo indivisible. Ser es reunir la suma de todo cuanto ha sido antes, eso es lo que comprende por encima de todo. Tomadle y ofrecedle una vida nueva ó una nueva juventud, con la condición de que no sepa lo que sabe, de que no conozca lo que conoce y que no ame lo que ha amado, preferirá la muerte. Es más fácil renunciar al porvenir que á lo pasado.

Ser, para la criatura inteligente, es comparar eternamente, perpetuamente lo que se ha sido con lo que se es.

De ahí el indomable poderío del yo.

El hombre no comprende y no acepta la inmortalidad sin la condición de recordar.

Si la vida no es indefinida, distinta y adherente, esmaltada en una especie de cadena sin fin que atraviesa sin romperse el fenómeno llamado muerte, une el ser al ser y crea la unidad en lo múltiple; si esa persistencia del yo por entre los medios desconocidos de la existencia no existe, entonces no hay mancomunidad, y se desvanece el primero de los principios democráticos.

La brevedad del yo suprime todo lazo exterior, superior, anterior y ulterior.

Materialismo es, lógica y fatalmente, egoísmo.

En cada mundo de los que pueblan el espacio hay un ser que lo colma, que desborda y que es su punto de unión, su puente para con las otras esferas. El hombre es ese ser en la tierra.

Al morir, el hombre se vuelve sideral.

La muerte es el desquite del alma.

La vida es el poder que tiene el cuerpo de sujetar al alma en la tierra por el peso; la muerte es el poder que tiene el alma para arrebatarse el cuerpo fuera de la tierra por la eliminación. En la vida terrenal, el alma pierde lo que irradia; en la vida extraterrenal, el cuerpo pierde lo que pesa.

Si no hubiese otra vida, Dios no sería un hombre honrado.

La muerte, desolación del corazón, es el triunfo del alma.

Nuestra vida sueña con la utopía, nuestra muerte logra el ideal.

La muerte no es injusta. Es una continuación.

Acostumbrémonos á mirar sin temor esa misteriosa prolongación del hombre en la eternidad. Procuremos percibirla lo más lejos posible en el sepulcro.

Inclinémonos en la orilla de la vida y contemplemos esa sagrada obscuridad. Saldremos mejorados. La muerte es santa y es sana. Todo cuanto puede verse de ella es de buen consejo.

Mi vista penetra cuanto puede en esa sombra, donde veo, en una profundidad que sería espantosa si no fuese sublime, blanquear el inmenso punto de la claridad eterna.

¿Dónde están los abismos? ¿Dónde están los picos escarpados? ¿Por qué nos contentamos con los aspectos llanos de esta tierra y de esta vida? Debe haber en algún punto simas espantosas, desprendimientos de lo infinito, con enormes estrellas en el fondo, y claridades inauditas.

La contemplación nos revela lo infinito; la meditación nos revela la eternidad.

La noción de lo infinito nos llega del mundo exterior; la noción de la eternidad se desprende para nosotros del mundo interior.

Pues bien, infinito y eternidad son dos aspectos de Dios.

Para ver á Dios bajo el primer aspecto, miramos la creación. Para verlo bajo el segundo aspecto, miramos dentro de nuestra alma.

Dios es eterno. El alma es inmortal.
No confundáis la eternidad con la inmortalidad.
Explicaos lo que es la inmortalidad.

La creación es una perpetua ascensión del bruto hacia el hombre, del hombre hacia Dios. Despojar cada vez más la materia, revestir de más en más el espíritu, esa es la ley. Cada vez que se muere se gana más vida.

Las almas pasan de una esfera á otra, se hacen luz cada vez más, se aproximan sin cesar á Dios.

¡Cómo! ¿Las almas se acercan á Dios sin cesar, siempre, por una no interrumpida serie de transformaciones, con un movimiento perpetuo y continuo? Pero entonces llegará un día, una hora, en que á fuerza de acercarse á Dios, se unirán y se fundirán en él; entonces perderán el yo, ó en otros términos, morirán.

Escuchad:

El día en que la asíntota encuentre á la hipérbola, el alma encontrará á Dios.

El punto de conjunción está en lo infinito.

Acercarse, aproximarse siempre sin llegar á tocar jamás, es la ley de la asíntota, es la ley del alma.

Esa ascensión sin fin, esa perpetua persecución en

busca de Dios, es lo que constituye la inmortalidad para el alma.

No hay un solo ser humano de los que caminan á la luz del sol que no halle y no llegue hasta su rayo.

En la inmensidad de la creación infinita, no hay un solo ser humano hasta quien no llegue un rayo de Dios.

Por ese rayo, toda alma parcial está en comunicación directa con el alma central.

De ahí la eficacia de esa invocación llamada plegaria.

Un hombre duerme. Tiene un sueño. Sueña que es una fiera, león, lobo, y le ocurren todas las aventuras de los bosques. Al despertar ve que sigue siendo lo que era. El sueño se ha desvanecido. Es después lo mismo que era antes: hombre y no león.

Al día siguiente tiene otro sueño. Es pájaro ó serpiente. Despierta y es hombre.

Así ocurre con la vida. Así sucede con todas las vidas terrenales que podemos estar llamados ó condenados á atravesar. Las vidas planetarias son sueños. Las vidas pueden no tener ningún lazo de unión entre sí, ni más ni menos que los sueños de nuestras noches.

El yo que persiste después de despertar, es el yo anterior y exterior al sueño. El yo que persiste después de la muerte, es el yo anterior y exterior á la vida.

El dormido que despierta se vuelve á hallar hombre. El vivo que muere se vuelve á hallar espíritu.

Una idea ha pasado por mi espíritu. ¿Sería algún resplandor?

Dos hombres hablan de la vida futura. Uno la afirma, el otro la niega. Uno dice: La muerte no existe; mi yo persistirá; siento en mí la inmortalidad; me llamo alma. El otro dice:—No hay nada después de la muerte; mi yo será comido de los gusanos; moriré entero, completo; no siento en mí que haya un día siguiente; me llamo ceniza.—¿En nombre de que hablan esos dos hombres? En nombre del sentido íntimo. La afirmación de uno y la negación del otro no tienen más origen que la intuición. El sentido íntimo, lo innato, la gran voz sagrada que murmura misteriosamente al oído de todas las almas. En este caso, esa voz se contradice; al oído de uno exclama: *inmortalidad*; al oído del otro dice: *nada*; revela á la primera conciencia lo contrario de lo que declara á la segunda. ¿Sería posible que esos hombres dijeren verdad á un mismo tiempo?

El Dante acaba de escribir dos versos. Mientras medita, el primer verso dice al segundo:—¿Sabes, hermano?, ¡somos inmortales! Siento en mí la duración eterna; acabamos de nacer para la gloria; tengo conciencia de que traspondré los siglos.—El segundo contesta: ¡Qué ensueño! Siento que apenas pasaré de un día; tengo en mí la muerte; no soy, no existo. En ese momento Dante sale de su meditación, coge la pluma, lee otra vez los dos versos y borra el segundo.

Ambos tenían razón.

¿Habría bosquejos de almas que comprenden que son bosquejos, embriones del yo destinados á ser refundidos, seres ensayados que desaparecerán en la nada y que tienen conciencia de ello?

¿Habría hombres á quienes Dios borra?

¡Cómo! ¡Afirmáis resueltamente que lo que no veis no existe! ¡De modo que el ojo humano es la certidumbre, de modo que, fuera de la cámara óptica que parpadea bajo el cráneo del hombre, no puede probarse nada! ¡La lógica es la humilde servidora de la pupila! ¡Se prohíbe á la intuición concebir ó admitir todo cuanto no ha sido declarado por los sentidos! Según eso, un sordomudo ciego y paralítico que bosquejaría en sus tinieblas este tartamudeo: ¡Nada existe!, tendría razón.

De vuestra enfermedad formáis el vacío; tomáis vuestro límite por el límite de la creación; ¡aplicáis vuestra brevedad al universo!

Pero ¿quién os dice que algún día no veréis esa creación invisible?

Si tuvieseis otro organismo, ¿acaso no tendríais otras percepciones? Si tuvieseis tan sólo un sentido más, ¿no creéis que se os revelaría algún nuevo aspecto de la vida universal? Los organismos desconocidos de las existencias ulteriores os esperan y podrán haceros tocar lo impalpable y ver lo incomprendible.

Hay algo que os ocurre todos los días; no diréis que no estáis familiarizados con ese hecho. Habéis dormido, luce la luz de la mañana, abris los ojos, las persianas medio abiertas dejan entrar en vuestro cuarto una claridad crepuscular, nada más veis á vuestro alrededor que las cuatro paredes y la atmósfera vacía. De pronto un rayo de sol atraviesa las hendeduras del postigo y veis un mundo. Distinguis en esa súbita claridad millones de millones de objetos en suspenso, que van, vienen, giran, suben y bajan, que entran en la luz ó se sumergen en la obscuridad, y cuya existencia ni siquiera sospechabais; veis la inmensidad de los granitos de polvo; ese aire que suponíais vacío estaba poblado. Ahí tenéis lo invisible hecho visible.

Un día despertaréis en otra cama, viviréis esa gran vida llamada muerte, miraréis y veréis obscuridad, sombra; y de pronto el sol saliente de lo infinito aparecerá espléndido en el horizonte, y un rayo de luz, de verdadera luz, atravesará de parte á parte, á pérdida de vista, las profundidades; entonces estaréis asombrado, veréis en aquella faja de claridad, á la vez, bruscamente, en confusión, juntos, volando en torbellinos, huyendo, cerniéndose, millones de seres desconocidos, unos celestiales, otros infernales, esos invisibles que negáis hoy, y sentiréis abrirse alas en vuestros hombros, y seréis también uno de esos mismos seres.



ENSUEÑOS ACERCA DE DIOS



ios se encierra; pero el pensador escucha detrás de las puertas.

Todo aquel que posee la noción del deber; todo aquel que tiene el sentimiento del derecho; cualquiera que tenga la percepción de lo justo y de lo injusto; cualquiera que tenga un objetivo desinteresado; todo aquel que se olvida viviendo y hace pasar antes que él aquello que no es él; todo el que quiere para el género humano; todo el que tiene en su corazón latidos del corazón mismo de la humanidad; el que se siente hermano del pobre, del pequeño, del menor, del débil, del enfermo, del que sufre, del ignorante, del desheredado, del esclavo, del siervo, del negro, del presidiario, del condenado; todo el que desea luz para el ciego, pensamiento para el oprimido; todo el que es miserable de las miserias ajenas; todo el que trabaja en la mejora de los demás y llora con sus lágrimas y echa sangre de su llaga;